

de nuestra historia

Don Omar, el maestro y el

CONOCI A OMAR DENGO

En 1917 conocí a Omar Dengo, mejor dicho, lo empecé a conocer.

Antes lo había visto pasar por mi casa, calle de la Estación, de ida o de vuelta de la Capital, solo, o en compañía de otros profesores de la recién fundada Escuela Normal de Costa Rica; a veces, conversando con algún alumno o alumna.

Muy joven, aún no había cumplido los treinta años; alto, aunque no demasiado, erguido sin tirantez; los gestos suaves, el rostro nobilísimo: frente muy alta y amplia, coronada por una melena de cabellos castaños, suaves, abundantes; ojos castaños, serenos, de mirar reposado, a veces risueños, aunque casi siempre un poco tristes, como de quien sabe y comprende; la boca de líneas griegas, sensitiva, sombreada por un fino bigote.

Sonreían sus ojos y su boca cuando un diablillo de idea le andaba por la cabeza: una idea traviesa, aguda, sutil, que a veces dejaba atónito a su interlocutor, o lo hacía estallar en risa, y las más, lo invitaba a pensar, a reflexionar.

Don Omar sonreía a menudo, pero su gesto natural era serio, pensativo, con un trasfondo de tristeza: en su vida había mucho dolor, aceptado pero no acallado. Mas su anhelo de vivir, sabia, sencilla y bellamente, se traslucía también en su rostro, en sus gestos, sobre todo cuando acababa de hacer algún hallazgo: un libro, una persona, una idea!

Pasó muchas veces por mi casa y muchas veces oír hablar de él: su figura hermosa y su personalidad no podían pasar desapercibidas. Pero en 1917 ingresé a la Escuela Normal y entonces comencé a conocerlo de veras, porque ese año, Omar Dengo comenzó a ser mi maestro. No me dio clases pero sí, lecciones: en las asambleas de los lunes, en el Centro Ariel, en algún artículo que publicaba un periódico o una revista.

Aquellos eran tiempos tormentosos: el mundo agonizaba en los dos últimos largos años de la Primera Guerra Mundial. La guerra que había consumido y estaba consumiendo todas las reservas del mundo: acorazados y submarinos, tanques y aviones; los alimentos producidos no ya con sudor, sino con sangre, en campos barridos por la metralla; tesoros históricos y pueblos y ciudades desaparecidos... Recuerdo la batalla - carnicería del Marne y la Sonrisa de Reims mutilada; Alsacia y Lorena y la asamblea en que don Omar leyó "La última lección de Francés", uno de los Cuentos del Lunes de Alfonso Daudet. En la gran sala se podía oír el agitado palpitar de muchos corazones angustiados. Eso, al principio, después fueron tantas las batallas, tan incontables los tesoros destruidos, y más incontables aún los muertos, los heridos, los mutilados

Ese era el panorama de 1917 - 1918. En el fondo de él, una remota esperanza, mantenida por hombres como don Omar, como don Joaquín: de tan terrible caos debía surgir un mundo mejor, más digno de la dignidad del hombre, más justo, pacífico y bello. Aquella guerra monstruosa debía llevar al hombre a enfrentarse consigo mismo, con su cultura, con sus creencias, a medir los abismos en que podía hundirse, a reaccionar, a decir no para siempre a la violencia, al odio y a la crueldad. La guerra del 14 debía ser la última guerra para el hombre civilizado. Todos sabemos qué vana fue esta esperanza, y cómo en la Segunda Guerra Mundial y en las guerras que la han seguido, la humanidad supercivilizada ha dado la medida de su capacidad destructiva, de su crueldad inaudita, de su avidez insana. Don Omar ya no vio eso, pero acaso lo presintió.

Si el panorama ultra fronteras era oscuro, en Costa Rica, además de las calamidades, de la crisis provocada por la guerra, se vivían los momentos trágicos de la Tiranía de los Tinoco: odio, violencia, conculcación de los derechos civiles, soldadesca y matonismo.

Fue en esos días que la figura de Omar Dengo empezó a cobrar sus dimensiones, en que su voz y su ejemplo se alzaron en el ámbito del país, para señalar rumbos y combatir abusos, atropellos, injusticias.

En realidad, lo más significativo de la obra y de la vida de don Omar se desarrolló en la larga década del 17 al 28. Una década nada más, llena para el mundo, al que él se asomaba constantemente, de las duras experiencias de la Gran Guerra, de las miserias de la posguerra, de presagios oscuros y débiles esperanzas, tan tenues como lucecitas. Hubo el amañado Pacto de Versalles; la en aquel

momento lejana y confusa Revolución de Octubre, la marcha resonante de las botas del fascismo en sus primeras conquistas... Los mejores hombres pusieron su fe en la Educación, en su eficacia para desarrollar todas las posibilidades del hombre y hacerlo resurgir de las cenizas. Don Omar estuvo con ellos y todos los controvertidos problemas del momento fueron tema y lección en las citadas asambleas de los lunes, en sus artículos y publicaciones.

Pero pronto la lección fue su vida misma.

En 1917 Omar Dengo se casó. Lo vi pasar con su esposa del brazo, muy animado, conversando con ella. Ella era una muchacha morena, esbelta y fina que no usaba sombrero como Carmen Lyra y Lilia González, sino un sencillo pañolón que llevaba con mucho garbo.

A principios de 1918, la pareja pasó con un niño recién nacido. Se les veía felices, orgullosos, como casi todos los padres con su primer hijo.

En alguna asamblea, don Joaquín y tal vez alguna alumna, hablaron del grato acontecimiento: Jorge Manuel Dengo había venido al mundo.

Pero apenas uno o dos meses después, la pareja, con su niño, abandonaba la ciudad de Heredia. El Director de la Normal, don Joaquín García, y con él, casi todo el profesorado, de primero, sin duda, don Omar, habían renunciado a sus cargos, por no aceptar doblegarse a las imposiciones de la Dictadura.

Aquella fue la magna lección de nuestros profesores y dejó huella indeleble en nuestras vidas.

La pareja Dengo Obregón no volvió a pasar por mi casa de ida o de vuelta de la Capital. En la Capital vivían en una casita muy humilde, vendiendo, para comer, sus regalos de boda que no eran muchos, ni tampoco muy valiosos, pero sí muy queridos. Don Omar no tenía trabajo, las gentes temerosas no le daban trabajo. (Ya sabemos que es el miedo del pueblo más que la fuerza de los tiranos lo que mantiene y sostiene las dictaduras).

A principios de 1919 don Guillermo Peters llamó a Omar Dengo y a su esposa para ofrecerles trabajo en la escolita de La Caja. Una escolita con sólo dos grados.

Nosotros los alumnos de la Normal, sabíamos de todas estas cosas en nuestras reuniones clandestinas en casa de don Tranquilino Sáenz, por boca de Carmen Lira, de don Joaquín, del propio don Omar, o de algún alumno o exalumno que lo habían visitado.

¿Cómo actuó don Omar como maestro de niños, de pequeños campesinos? Confieso que nunca lo supe bien: por lo que después lo vi hacer con sus hijos, estoy segura de que era capaz de interesar a un niño, de mantenerlo atento, de encantarlo.

Tere me contaba que él cerraba la puerta de su clase para que ella no lo oyera dar lecciones.

"- Usted sabe dar clases a niños pequeños, usted es maestra. Para mí ésta es una experiencia nueva: me siento torpe, inseguro". - Le decía. Y por eso no permitía que ella escuchara.

Eso sí, en aquella escolita apacible y tranquila, leyó y meditó mucho sobre los nuevos valores y los nuevos rumbos en Educación. Allí escribió artículos como "El siglo de la Escuela" en el que apenas iniciada la paz en el mundo, habla de "auscultar entre las sombras el corazón de los tiempos", y este corazón late para él en publicaciones como "Reconstrucción, la Nueva Escuela, La Escuela Futura, Nuevos Ideales en Educación, etc.". Y habla de que, en aquel trágico momento, "Se anuncia la aurora en algo tan humilde como el Pesebre legendario: la escuela. Sólo porque en ella mora la asedada inquietud del niño, esa cosa maravillosa ante la cual conoce el hombre lo único que le explica el milagro de la vida: el Porvenir".

En aquella escolita se interesó por el campesino costarricense, nuestra raíz y nuestra fuerza, lo conoció de cerca, en sus problemas, en sus aspiraciones, en su idiosincracia.

Y se encariñó con su escolita, con sus alumnos campesinos, con la seguridad y la paz que aquel rincón tan sencillo y humilde le había significado.

Por eso, cuando a fines de 1919, a la caída de la Tiranía, fue llamado para dirigir la Escuela Normal, dudó en aceptar: No quería abandonar a sus pequeños alumnos sin terminar el curso. Se decidió al fin, con la condición de que Carlos Luis Sáenz viniera a sustituirlo.



DON OMAR, EL CIUDADANO

Don Omar fue un ciudadano ejemplar, un gran ciudadano. Esto yo creo que está, o debiera estar en la conciencia de todos los costarricenses.

Precisamente esta fue su grande y principal preocupación: "Hacer conciencia cívica". Salió de las aulas, como los maestros que admiraba, a predicar su credo: en la mente, los jóvenes maestros, y en el altar de su alma, los intereses de la patria.

Discutió, polemizó, siempre con altura, siempre con honradez y sinceridad. No buscó desacreditar a nadie, sino señalar errores y mostrar caminos de mejoramiento. No le importó, para señalarlos y fustigarlos, que los errores hubieran sido cometidos por amigos, así como tampoco, que los aciertos que encomió con generosidad y desinterés fueran de sus oponentes o enemigos. En sus lecciones, en sus discursos, en sus escritos, hacía conciencia ciudadana, buscando la luz, viniera de donde viniera.

Su visión siempre fue certera, de avanzada, inteligente. Decía que todos, cuando de los intereses del país